

Presentación

Resulta apenas creíble que dos hechos capitales acaecidos hace más de cuatro mil años estén en la base de esta obra que hoy nos cumple presentarles. Es el primero y más importante la dispersión desde la meseta del Irán de los fundidores arios, quienes extendiéndose por entre los pueblos de Europa y del Indostán introducen no solo su innovadora técnica metalúrgica que había de arrumar la cultura de la piedra tallada, sino también su lengua, madre prolífica de las pertenecientes a este tronco lingüístico llamado por lo mismo indoeuropeo. Nos afecta de lleno este acontecimiento, pues siguiendo una genealogía simplista, del indoeuropeo proceden las lenguas itálicas, un grupo de las cuales es el latino, de cuyo principal representante, el latín, deriva entre otras la lengua castellana, más tarde denominada española. Obviamente, versa sobre esta lengua el tema que se desarrollará en cuanto levantemos el telón.

Pero la lengua española, como cualquier otra, puede contemplarse desde muy diversos puntos de vista. Uno de ellos, por ejemplo, que sabemos interesante, es el de proyectar la película histórica de su vida desde que en el año 218 a. C. los romanos desembarcan en Iberia y los peninsulares empiezan a chapurrear las primeras palabras del latín vulgar de sus dominadores, hasta el momento ya nuestro en que la imprenta inmortalice irreversiblemente la prosa de este libro. Otro punto de vista bien distinto, ahora picante, sería el de investigar qué porcentaje de lengua española contiene el último premio de novela precisamente española, y ello no para rasgarnos las vestiduras sino para barruntar en lo posible, y fríamente, cuál pueda ser nuestra lengua del futuro.

El segundo hecho capital y remoto que informa nuestro punto de vista es cierta tradición religiosa india que ya desde el segundo milenio a. C. va puliendo el védico antiguo, lengua aria de la que se desprenderá el sánscrito clásico, definitivamente estudiado por el